

de allí corta, recoge, y guarda todas las rosas, y flores que descubrieres, y hallares, baja con ellas á mi presencia. Juan sin replicar el tiempo, era Diciembre, helado invierno, destruicion de las plantas, sin argüir con la naturaleza del monte, ó cerro, que todo es pedernales, y pedazos de peñas, sin alegar la experiencia de que las veces que habia subido á su llamado, no habia visto rosas ni flores, con toda priesa, y confianza subió, y trepó al señalado puesto, donde al instante se le ofrecieron á los ojos diversas flores, brotadas á milagro, nacidas á prodigio, descapulladas á portento, conviniéndose las rosas con su hermosura, tributando las azucenas leche, los claveles sangre, las violetas celo, los jazmines ámbar, el romero esperanzas, el lirio amor, y la retama cautiverio: emulándose anciosas, y al parecer hablándole á las manos, no solamente para que las cortase, sino que las prefiriese, y con ocultos impulsos adivinando la gloria para que se cortaban, cortólas todas, y recogiendo aquella primavera del cielo, y atesorando aquel vergel del paraíso, en su tosca, pobre, y humilde manta, limpia sí con la blancura en su color nativo, volviendo las dos puntas y extremos de lo bajo al pecho con las dos manos y brazos, enlazándolos del propio fiudo pendiente de su cuello, (que es el comun estilo, y traje de los indios) bajó de aquel sagrado monte, á la presencia de MARIA Virgen, á cuyos ojos, y obediencia puso rosas, y flores cortadas por su mandato. La Santísima Madre, cojiéndolas en sus manos para que segunda vez renaciesen milagros, recobrasen fragancias, se verificasen en olores, y refrescasen en rocíos, se las restituye, y entrega diciéndole: que aquellas rosas, y flores son la señal que ha de llevar al Obispo, á quien de su parte diga, que con ellas conocerá la voluntad de quien pide, y la fidelidad del que las lleva; advirtiéndole á Juan, que solamente en la presencia del Obispo habia de soltar la manta, y descubrir lo que llevaba: que refiriese como le habia mandado subir aquel monte á cortar las flores, y todas las circunstancias que habia experimentado, para que todas ellas obliguen al prelado á poner en efecto la fábrica del templo que le pide. Despidióse Juan, ya por instantes más aficionado, seguro, y confiado caminó

á México, al palacio de su Señoría Ilustrísima, llevando siempre con todo cuidado, y veneracion la manta, sin atreverse á descubrirla, ni descuidarse á soltarla: Así llegó."

ULTIMA APARICION.

"Entró Juan Diego, con las flores en el palacio del Sr. Illmo. D. Juan de Zumárraga. Encontró con su mayordomo, y algunos criados, á quienes suplicó avisasen á su prelado, que pretendia verle. Ninguno cuidó de hacerlo, ya por ser de mañana, ya porque lo conocian y estaban sin duda más desabridos de sus importunas peticiones con el informe de los compañeros, que lo habian espiado. Esperó mucho tiempo, y viendo su paciencia, asistencias, y esperas, y que demostraba traer alguna cosa encubierta, y recogida en la manta, llegaron curiosos á inquirirla, haciendo cata de lo que podia ser, y como entónces á Juan ninguna resistencia podia valerle, temiéndose quizás de que podrían, ó saherirle con palabras, ó maltratarle con obras, no pudo negar el que viesen las rosas. Ellos no sin admiracion cuando las vieron, porque el tiempo de suyo la pedia, y atendiendo á lo fresco, florido, y hermoso, codiciosamente cada uno quiso quitar alguna de las flores, y habiendo porfiado tres veces, no pudieron, juzgando, y pareciéndoles que en la cándida manta estaban pintadas, gravadas, ó tejidas, con que sino la voluntad de despachar á nuestro Juan, la novedad admirable de lo visto, los apresuró á que avisasen á su dueño, como estaba esperando aquel indio, que otras veces habia venido á verle, refiriéndole lo que habian experimentado en unas rosas, que él habia afirmado traerle, y ellos entendian eran solamente aparentes, esculpidas, y dibujadas en el lienzo y manta, que es la capa de la nacion de los indios. El Sr. Obispo, que habia ya engendrado cuidados en tan puntual embajador por la singularidad de lo que pedia, y avivado con lo que entónces le referian los suyos, mandó que á toda priesa lo llamasen. Entró á su presencia con la humildad acostumbrados para semejante pretension, y debido respeto á tan suprema dignidad con

sociago, devocion, y recato, habiéndole reproducido todo lo pasado en sus venidas, embajadas, y vueltas le dijo, señor, y padre: En fé de lo que me mandaste, en conformidad de lo que me pediste, y en desempeño de lo que me fiaste, le dije á mi Señora, MARIA Madre de Dios, que le pedias una señal, para que me creyeses, y le sirvieses edificándole su casa, y su templo, donde te pide; que yo te habia prometido el traerla, pues la habias dejado á mi voluntad. Con todo amor recibió tu recaudo, y admitió tu partido, conveniencia, y concierto, á cuya causa hoy mandándome que volviese á tu casa, y presencia, le pedí la señal prometida. La Señora sin dificultad me la ofreció en estas rosas, que te traigo, las cuales me entregó por su mano, y puso en esta manta; habiéndome enseñado, y enviado á que subiese al monte, al mismo lugar á donde siempre me habia esperando, asistido, y comunicado, este negocio, y que de allí cortase por mi mano aquestas rosas, como lo hice, sin detenerme la evidente experiencia con que sabia, que aquel cerro nunca produce flores, sino abrojos, zarzas, espinas, ó mezquites silvestres. Todo se dispensó á mi subida, y se trocó en mis manos, porque de monte eriazo, se transformó en vergel de variedad de flores. Díjome que te las ofreciese en su nombre, así lo hago, y que en ellas tendrás bastantes señas de sus continuados deseos, y de mis repetidas verdades. Descubrió la limpia manta para presentar el regalo del cielo al venturoso Obispo: este ancioso á recibirle, vido en aquella manta, una santa floresta, una primavera milagrosa, un vergel abreviado de rosas, azucenas, claveles, lirios, retamas, jazmines, y violetas, y que todas cayendo de la manta dejaron pintada en ella á MARIA Virgen Madre de Dios, en su santa Imágen que hoy se conserva, guarda, y venera en su Santuario de GUADALUPE de México."

"Descubierta la Imágen, arrodillándose, se quedaron en éxtasis admirados, en admiraciones suspensos, en suspensiones elevados, en elevaciones enternecidos, en ternuras arrobados, en arrobos contemplativos, en contemplaciones endulzados, en dulzuras alegres, en alegrías mudos, que seria menester se trasfundiesen en

ellos el apóstol S. Pablo, para sacarles los corazones á las lenguas, dándoles sus palabras, *Nos autem revelata facie gloriam Domini specularantes, in eadem Imagem transformamur á claritate in claritatem, tamquam á Domini spiritu.* Ad Corint. 3. Todos nosotros, indignamente merecedores de haber visto la revelacion de MARIA, á luces claras en aquesta su Imágen, nos hallamos tan movidos del espíritu de Dios, tan alumbrados de su claridad, tan encendidos de sus fervores, que á vivas ansias, eficaces deseos, cordiales impulsos, queremos transformarnos en aquesta su Imágen, y que por los ojos, que tiernamente la contemplan, salgan las almas que cristianamente la adoran, y apoderándose de ella se vuelvan por el trasunto á su retiro, de donde la tengan por virginal carácter de toda devocion, por sello de todo Señorío, por viso santo de castos pensamientos, por centinela vigilante, que piadosamente las guarde. Así lo creo, y con toda verdad es fácil de inferirse, pues cualquiera que llegue á leer estos renglones, ha de levantar forzosamente los ojos de las letras, y ponellos en la estampa presente: admirándose de un milagro tan singular, de una aparicion tan sin segunda, y de una Imágen tan sin primera." (Folio 20 vuelta, 30 vuelta.

Cábeme el alto honor de cerrar este "Primer Siglo" con la Relacion que publicó el insigne Presbítero Lic. D. Miguel Sánchez en su Historia de la Aparicion, cuya relacion ninguno habia reimpresso hasta hoy al pié de la letra.

FIN DE LA SEGUNDA SERIE.